

El primero de los *Anti-Manfredos* apareció en Internet (de sopetón) a su vuelta de Venecia. Esto fue en el declinar de una tarde hasta entonces dichosa y llena de estupendos hallazgos: ¡tan rápido los sueños de ilusión se tornan en malos sueños de realidad! *Secamente*, el texto se encontraba en la pantalla, inamovible como un megalito, eficaz como los sacramentos de los católicos y tan desafortunado que lindaba con lo macabro. Desde la primera frase, el escrito en cuestión resumaba un no se sabe qué de azufroso y de juguetón que daba espanto súbito y suspendía el ánimo. Así que el esposo de Florinda, Manfredo, se quedó enganchado por el anzuelo (*hooked*, dicen los ingleses de los inicios de los *best-sellers*) de la artera inquina de un solo vistazo, y depositó en el suelo, sobre la alfombra persa, su bolsa de viaje, con la dejadez de un ausente, y se sentó a leer, sin calma, sin prisa, la tan destructiva como inesperada crítica de su monografía recién publicada en una editorial que nadie conocía.

El desventurado autor leyó la reseña en el móvil, en la butaca más próxima de su salón (un cuarto amplio y luminoso, abundante en recuerdos de sus viajes innúmeros por los cinco continentes). Manfredo ni siquiera se quitó la gabardina. Se quedó tal y como estaba vestido cuando había cruzado la Laguna en *vaporetto*, camino al aeropuerto, sólo unas horas atrás: el mundo, que era entonces, sólo unas horas atrás, expansión, mármoles adriáticos y dorados, se trocaba, ya en

Madrid, en algo angosto que no dejaba respirar. Para escándalo de Manfredo, la dicaz acometida aparecía firmada por Constante. ¡Constante, el amigo Constante! ¿Cómo era aquello posible? Se trataba de una entrada de su blog. ¿Constante? En efecto. Pero *¿cómo-podía-ser-aquello?* ¿O es que aquello, sencillamente, *no podía ser?* ¡Igual se trataba de «visiones»! ¡Claro! ¡Eran «visiones», como las de esa buena gente (los extraterrestistas) que avista esferas luminosas venidas de Venus, o de Saturno, en los cielos de la Tierra! Pero ¡ay!, no eran «visiones», no. Lo que apareció de sopetón, se quedó, grávido como el megalito, eficaz cual sacramento, desafortunado cual injusticia, inhóspito y demasiado estrecho como una pesadilla híper-dañina.

Bañado por la luz nocturnal y sin sangre del teléfono móvil-computador, la atención de Manfredo parecía raptada por una cuestión de gravedad impostergable y no respondió a la pregunta de su esposa, que ya había comprobado que las dos Pacas estaban bien, que habían comido, y que su hermana las había cuidado en su ausencia, como solía. Florinda consultó la hora en la mano derecha (llevaba el reloj Casio en esa muñeca) y comprobó que todo estaba en orden. Pero todo *no* estaba en orden. Ella no había leído aún el pérfido artículo. Florinda se acercó con cariño al cónyuge súbitamente enraecido, que parecía un perro de muestra en actitud de marcar. Sin meditarlo antes, Florinda empleó el tono de voz que solía utilizar cuando se dirigía a personas enfermas:

—Oye... ¡oye!, ¿me oíste, Torzueliño?

Al retornar del cuarto de la muda al salón, Florinda encontró a Manfredo como hipnotizado por la pequeña pantalla del móvil. A veces, pasaba que él no la escuchaba. ¡Como siempre estaba en *sus cosas!* Quizá estaba viendo sus (innumerables)

fotos del viaje o quizá leía algo sobre uno de sus temas... O sea, sus cosas. ¡Pero ella, Florinda, también tenía *sus propias cosas*... y también sabía atender las de los demás! ¿Qué hacía Manfredo ahora? ¿Estaba consultando algún informe médico? Últimamente, el viejo Manfredo se había hecho bastantes chequeos. Ultrajes de la edad en el tercer acto de la existencia. ¿Le habían detectado una de esas cosas temibles en el cuerpo? En lo que llevaban de año, habían ido a dos funerales (al de la hermana de Manfredo y al de un viejo amigo de éste). Manfredo decía a los compañeros de su generación que estaban «en primera línea de batalla». Pero ahora se trataba de otra cosa.

Sumido y consumido en los laberintos tubulares de emociones y sentimientos y odios de una querella descarnadísima que entonces emergía, su marido Manfredo, a quien llamaba cariñosamente «Torzueliño», tan sólo repetía esto:

—Pero... hace... falta... ser... hijo... de... puta...

—Eh, Manfredo, ¿se puede saber qué lees? ¿qué pasó? Oye, que me estás preocupando... —dijo Florinda, al tiempo que recogía la bolsa de viaje depositada junto al pie de Manfredo. Cuando se preocupaba, le salía el acento nativo. También le pasaba cuando hablaba con su hermana.

Con la bolsa en las manos, Florinda quiso leer y, de hecho, leyó aquello que le provocaba a Manfredo emplear un lenguaje inusual en él, tan cargado de furias como de esplines (Florinda casi nunca le había oído a Manfredo decir «hijo de puta»). Cuando hubo terminado la lectura del texto digital, se desató la confusión en el interior de Florinda. De esta bastardía flamboyante de afectos y desafectos, de protección conyugal y de execraciones a Constante, germinaron sus ideas que, de puro lúgubres, semejaban mágicas, y los consecuentes desafueros que, de tan desaforados, hoy se recuerdan

como algo irreales o surreales, o inverosímiles y grotescos, y que a su vez produjeron unos quebrantos que acaso no sean de este mundo.

Desde ese momento, en aquel apartamento se dejó de hablar de Venecia, de los frescos de los palacios e iglesias, y de las fotos, y de las gaviotas. El matrimonio había conversado sobre esto y sobre otras cosas de Venecia durante el viaje de retorno, hasta ese mismo momento. De continuo y sin cese, se pasó a considerar, o explicar, o condenar, la gratuita vileza de Constante. ¿Por qué motivo aquel oscuro crítico y corrector de textos para editoriales había decidido volcar toda su aversión ilustrada en su muy leído (en el ámbito de la literatura y la edición) blog contra un escrito de filosofía, publicado en una irrelevante editorial vizcaína... cuando Constante ni siquiera era un especialista, ni mucho menos, en filosofía? ¿Escribía como si Kant fuera su sobrino ultrajado!

—¿Por qué reacciona así? Es como si le hubieses pisado un callo.

Pero, sobre todo y, ante todo, ¿por qué motivo aquel mórbido carcamal afincado en Zaragoza había afrentado a un amigo relativamente antiguo, a un buen amigo de hacía muchos años, cordial y afectuoso, miembro del mismo círculo de Amigos del País?

Ni Manfredo ni Florinda durmieron bien aquella noche (y eso que, sólitamente, Florinda se quedaba dormida con gran facilidad). Una suerte de pesadilla se cernía sobre ellos; Florinda se empezó a sentir como debían de sentirse los protagonistas de las tragedias; como si aquel necio empellón literario fuera el introito de un mal universal, que se extendería por el mundo todo, engulléndolo en el mar de la desemejanza y el caos; ya habían escuchado los primeros compases de esto

mismo, la más ominosa sinfonía funeral. Florinda se sentía en la vertical de una sombra que iba a caer enseguida, que se iba a precipitar, cortante, zumbante, como el admirable halcón en el picado de cientos de kilómetros hora, y que iba a caer sobre ella y sobre Manfredo. Florinda se aferraba a los restos antes del hundimiento.

En el clarear del nuevo día sobre los tejados de Madrid en primavera (mes «ventoso», para los revolucionarios franceses y para los romanos del Imperio), Florinda bloqueó en las redes a Constante.

—Hala, ¡a la mierda con la ingeniosa cabeza de Calatayud!

Ragnarr y los otros miembros del esclarecido grupo, los Amigos del País, llamaban a Constante «la ingeniosa cabeza de Calatayud». Había algo de ironía en esto. Había algo de ironía en casi todo lo que decían; a veces, la ironía los poseía más allá de su propia comprensión; la ironía *los poseía* y el tono irónico que tomaba la enunciación precedía a veces a la cogitación. Florinda sintió una inquina honda, ilegal, hacia Constante, el más irónico de todos, nacido, efectivamente, en Calatayud.

Los vencejos trinaban: ¡era la vida, afirmándose en primavera! Florinda no podía dejar de ver aquellos pajarillos como presas potenciales. Aquella mañana, en su despacho-taller, no tomó sus prismáticos monoculares BuddyGo 12x50 HD para ver los vencejos migratorios más en detalle, como solía. Florinda estaba inquieta. Tamborileaba sobre la mesa de su despacho de mecánica y cetrera. Florinda estaba contrariada. Ya no quería observar los pájaros sobre los tejados del barrio de Justicia. Ella era una señora activa (en el pasado, de joven, de hecho, podría haber sido calificada como hiperactiva). Todo aquello, merecía una réplica. Pero ¿hacer *qué*?

—Ese hombre perdió la «ingeniosa» cabeza... de verdad... No me lo explico —observó para sí misma, después, mientras cortaba trozos de pollo crudo descongelado con la tijera de cocina, con el propósito de alimentar a la vieja Paca I y a la joven Paca III. La relación de Florinda con sus pequeñas era una relación eminentemente trófica: es decir, se basaba en la alimentación. Por su parte, también, ella sentía una admiración por los animales. Su hermana mielga le dijo una vez que ella tenía «calipedia», palabra griega que designa la «capacidad de procrear niños hermosos». A Florinda le hizo mucha gracia. ¿Eran Paca I y Paca III sus niños hermosos? Paca I y Paca III querían comer, y comer, y comer y, si acaso, salir un rato. Paca I y Paca III eran sus niños hermosos, concedió Florinda a su melliza Violante.

En resumen, a Manfredo y a Florinda les faltaba como el aire en su gran apartamento del barrio de Justicia. No se lo explicaban, y repetían, una y otra vez, una y otra vez, que no se lo explicaban. Manfredo era ya sólo un animal herido que se encogía de hombros, al cual había que dejar convalecer. Florinda, que tenía, digamos, *una trayectoria* (estuvo cerca de ir al reformatorio siendo una rapaza), sentía que se iba calentando, tanto en grados Celsius como en Fahrenheit, minuto a minuto... mientras que Manfredo... ¿Qué hacía Manfredo? Éste, únicamente, se encogía de hombros e iba de aquí para allá con las zapatillas Cotorruelo puestas, y repetía, menguado de casi todo, que no entendía nada, y que no se explicaba nada, y farfullaba alguna insensatez. A la vuelta de Venecia, después de la lectura fatal, Manfredo había terminado de alcanzar la proveyta edad, se había hecho mayor, definitivamente.

En realidad, el monstruo ya había caído en la vertical y había asestado su cuchillada: mágicamente, a la vuelta de

Venecia, ella se encontró con que compartía lecho y techo con un anciano mascullante de ojos vidriosos. La primavera llegaba a Europa, pero la vida huía de su marido. ¿Cómo revertir aquello? Florinda estaba angustiada. Todo se estaba disolviendo, todo se salía del eje y una bicha caía en vertical a velocidad supersónica.

Por otro lado, no era el momento para desesperarse: dada su constitución psicológica, Florinda siempre supo que iba a llegar el momento en que tendría que defender a su marido. Como entre las rapaces, en aquella pareja había un dimorfismo sexual en favor de la hembra: Florinda era bastante más grande que Manfredo. Además, también estaba la diferencia de carácter entre los dos, y la diferencia de edad, un golfo temporal de dos décadas más o menos. El vigor y la actividad siempre habían estado presentes en Manfredo, pero ahora se iban, huían, volaban hacia no se sabía dónde.

Pues bien, el trabajo intelectual de varios años de Manfredo sufrió un segundo ciberataque, ejecutado esta vez por Elvira, influyente editora y galerista sevillana. Elvira y Constante eran asiduos lectores (así como émulos) de los ilustrados franceses de los salones de las Luces (aprovechaban cualquier fiesta de disfraces para ponerse galas dieciochescas y pelucas empolvadas. Constante se empolvaba el bisoñé) de modo que ambos supieron bien cómo reducir en sendos blogs el ensayo de Manfredo (de título, *Immanuel Kant y la vida extraterrestre*) al más nefando de los ridículos, con sagaz ironía y desfavorable sátira, exagerando convenientemente los defectos, algunos de ellos, obvios, y desoyendo los aciertos, muchos, indudables, fruto estos últimos de una labor prolongada en los años, en las bibliotecas de la ciudad, sin el disfrute de beca alguna.

Manfredo no quedó reducido ante cierta comunidad lectora a mero patán desocupado e ignorante por unos desconocidos o enemigos, no: aquello fue el trabajo de gente próxima, casi de la familia. Elvira también era una persona querida por el autodidacta Manfredo, que leía su blog asiduamente. Elvira y Constante le partieron el corazón a aquel hombre que sólo se encogía de hombros.

—Pero bueno, ¿esta gente? ... —observó Florinda. ¿Qué hacer?, se preguntaba ella, que era muy activa y «muy manitas», como decía su hermana.

El ultraje postrero (sin duda, torticeramente concordado con los dos previos), llegó unos dos días después del ya mencionado. Así, la tercera cuchillada de estos singulares «idus de marzo» (marzo de 2022), fue criminalmente ejecutada por Ragnarr. Seguramente, Ragnarr escribió su pieza en el pabellón de lectura, en la isla. Constante, Elvira y Ragnarr: tal es la sucesión criminal internáutica de los tres aristarcos.

En su leído y respetado blog, esta vez Ragnarr, el supuesto amigo, el resentido, desmenuzaba el ensayo de Manfredo de una manera tan inmisericorde y atroz con sus garras dialécticas que, dos horas después de su publicación en la red y consiguiente lectura, el autor (que para entonces ya había olvidado totalmente las bondades de la capital flotante del Véneto), tuvo que ingresar en Nuestra Señora del Rosario, hospital del barrio de Salamanca, en Madrid, acompañado de Florinda y de la hermana de ésta, Violante. Nunca se recuperó de aquel ictus. Esto ocurrió, pues, a causa de la publicación del último *Anti-Manfredo*, el más fatal de todos ellos, que tenía el título de un verso de san Juan de la Cruz.

Cuando Manfredo quedó definitivamente postrado en la cama chirriante en su propia casa de Conde de Xiquena, tras



sufrir el oprobio de sus supuestos camaradas de las letras (el corrector, la editora-galerista y el distribuidor), Florinda tomó la determinación mayúscula de vengarle de una manera artística, en la medida en que lo es (ella, al menos, así lo creía) la caza con aves de presa.

Como en un fognazo retrospectivo y clarividente, vino a la memoria de Florinda una imagen de un cuadro (¿era un fresco o no era un fresco?) de uno de los techos de una sala del palacio llamado Ca' Rezzonico, que había contemplado días atrás, boca arriba, en su último viaje a Venecia (solían ir a esta ciudad todos los años, en primavera, durante la década que duró su relativamente feliz matrimonio). A una consumada cetrera como Florinda no le podía pasar desapercibida la representación del águila junto a Prometeo, en los techos del gran palacio del Canal Grande.

El responsable del lienzo pegado al techo, Francesco Maffei, discípulo de Tiepolo, había pintado un espejo sujeto en la mano siniestra del titán: a Florinda le sorprendió que la deidad filantrópica por excelencia, Prometeo, portara un espejo en la mano. Además, nunca había visto al águila de tal modo: situada justo al lado de la cabeza de Prometeo y no, como siempre, picoteando su hígado, según el mito. Florinda no era una erudita, pero le interesaban la iconografía y la mitología: esta imagen veneciana recordada acudió a la mente de Florinda en cada uno de los crímenes. Para la cetrera, el espejo de la víctima pasó a simbolizar la vanidad, que a su vez es fruto del resentimiento, que afecta sin duda al amigo del amigo, tornándolo escandalosamente en taimado *hostis*, en rival inadvertido, en agente de doblez de agente doble. La pintura de Maffei mostraba a un Prometeo pagado de sí mismo y a un águila interesada sólo en la cabeza: fue el símbolo de Florin-

da. La ornitóloga aficionada sacó sus prismáticos monoculares para verlo más en detalle. ¡No sólo iba a usar su telescopio BuddyGo 12 x 50 para ver pajarracos sobrevolar los canales!

¿No se miraban continuamente en el espejo de su amor propio Constante, Elvira y Ragnarr? Constante, en Zaragoza; Elvira, en Sevilla; y Ragnarr en la Sisarga Grande, de las islas Sisargas, de la Costa da Morte, estaban continuamente mirándose al espejo y preguntándole, como la reina de los hermanos Grimm, a ver quién era el más listo, y el más ingenioso, y el más elocuente del reino, o, al menos, esto es lo que pensaba Florinda. Además, el águila de Florinda, Garravento, se especializaría también en las cabezas.

A Florinda no se le había olvidado otro trance, en el cual una enorme águila real de Kazajistán se revolvió contra su dueño en un castillo de Centroeuropa, donde se celebraba un congreso anual de aguileros (que incluía una batida). A aquel cetrero tuvieron que quitarle de encima el águila real entre varios de los presentes. La depredadora, de unos cinco kilos, no daba tregua con sus garras. El hombre estaba siendo verdaderamente zaherido por armas blancas. En cosa de un segundo, la sangre humana se convirtió en un invitado inesperado en el castillo de Opočno. A partir de estas pasadas impresiones cogió Florinda. Y esto dio pie a que comenzara a ponderar su estrategia de venganza. Porque, era obvio, había que hacer algo. Florinda era una manitas.

El águila de Florinda, como la de la pintura de Venecia, tenía que especializarse en las cabezas, que según le había dicho su hermana, para Platón representaban una esfericidad divina, que reflejaba la esfericidad de las entidades eternas, en los cielos iluminados. Florinda no había leído aquello. Tampoco es que estuviera interesada en el *Timeo*, exactamente.

De modo que la cabeza... En efecto, Florinda se convirtió, *rapax medians*, en una contumaz decapitadora.

Cuando Florinda vio, por fin, digamos, en acción a su águila arpía de Belice, aferrando con sus manos (de dedos mucho más anchos que los de cualquier humano), manos manejadas por gruesos tarsos, con las *llaves* de diez centímetros hendidas y haciendo pinza en torno al cuello y al cráneo, cuando la contempló revolviéndose, clavada en las personas con las alas de gran envergadura semiextendidas, cuando la tuvo ante ella enterrando los minerales de guerra antigua allá donde sabía que estaba la debilidad, allá donde encontraría la nutricia carne, cuando eso ocurrió (y ocurrió en Zaragoza, en Sevilla y, ay, en Galicia) la mujer se encontró ante un salvajismo intraducible, ante una velocidad no siempre estética, y, aunque criminal (y responsable), no pudo dejar de abrir la boca de espanto. ¿Había provocado ella semejante desvarío? Pues sí, hay que admitirlo. Del mismo modo que la presa del embalse convierte el agua corriente en corriente eléctrica, ella, cetrera con experiencia, había transformado la ornitología en artillería portátil. Cuando el ave despegaba, Florinda sentía un retroceso de bazooka anti-Panzer.

Atacando las cabezas divinas, esferiformes, de sus víctimas, Garravento, blanca y gris y con la garra al viento, era como un lácteo chisporroteo de rayo de luna ecuatorial y de silla eléctrica, y de tormenta olmeca, y su furia asemejaba el estropicio atroz de una hélice a motor, de un acelerado y acelerado ente hiperdinámico que ha perdido el eje: como si se tratase de un aparatoso accidente que deja a las víctimas bailando un juego que no es un juego humano, sino, más bien, el zarandeo atómico de las ondas de la física o de la electrónica o de la artillería portátil anti-Panzer. Es decir: una cosa

fueron las delicias de la anticipación perversa, para la resentida Florinda, en los meses de ideación de los asesinatos en abril, mayo, junio, julio, agosto y septiembre de 2022, y otra cosa, bien distinta, fue contemplar en vivo aquellas uñas curvas de diez centímetros (punzantes por la punta, pero también cortantes por los laterales) clavadas en la cabeza conocida, hendidas en la frente conocida, enterradas con crujidos en el semblante familiar, y en las venas y huesos del cuello familiar. Una cosa fue preparar y afeitar a Garravento y otra cosa afrontar el negro momento culminante de la sangre, y ver, en libertad de manguera sin tino, el regadío denso del sanguíneo torrente y, después, el chasquido del pico contra la base del cráneo, como picando madera, y ver el pico que saca tiras y pelo, y ver también los espavientos de las víctimas familiares y conocidas que, por reflejos de la madre naturaleza, llevaban sus manos a las manos monstruosas del ave gigante de la selva, manos éstas que perforaban la región más frágil de todo el ser de aquéllos (cabeza y cuello). El espectáculo no fue agradable. Esto lo supo desde el principio. Desde lo de Zaragoza. El problema es que se fue haciendo cada vez más desagradable, hasta terminar como terminó.

En verdad, había mucho de diabólico en el contraste entre la silenciosa diligencia y sabia labor cuasi técnica del animal carnicero, que no se soltaba, que permanecía mudo, en equilibrio, como un jinete de rodeo, que *trabajaba*, por decirlo así, que trabajaba implacable, roturando el tejido y la chispa de la vida, por decirlo de alguna manera, sin emitir sonido alguno, y, por otro lado, el griterío desconsolado y atolondrado de las desconsoladas presas humanas en la multiplicación de sus menguas y de sus heridas, en un bárbaro trance final. ¡Hombres y mujeres cultos, zarandeados desde arriba!

Por una vez, Florinda encontró a aquellas gentes alejadas del confort y de la distante ironía del salón ilustrado: ahora mugían y aullaban como puercos sentenciados, sin rastros de la Ilustración, del *Enlightment*, de la *Aufklärung*, del *Illuminismo*, de la que tan orgullosos se sentían. Algo que casi no tenía nombre occidental les zarandeaba por la cabeza como un electrodoméstico zampa-humanos, y ellos pretendían responder a esa furia venida de los árboles gigantes de alguna manera... pero también cuando nos atropella un coche somos peleles en el aire y, si podemos, respondemos al empujón con gestos absurdos que en realidad no son nuestros, sino de la madre naturaleza, que más bien, en esos casos, es madrastra.

La enorme *harpia harpyja* hembra de nueve kilos y 120 gramos (tal era su peso ideal, cuando quedaba templada *en condición de caza*) llamada Garravento, asemejaba o más bien era una fuerza primigenia desencadenada. Garravento era auténtica *natura naturans* o naturaleza naturante. Ver aletear a la depredadora mata-monos arborícolas de las forestas americanas en esos interiores ciudadanos españoles (los cuartos del crimen) la hacía parecerse, de una extraña manera, aún más, a un malhechor de pesadilla, a un espanto salvaje, un revivido daimón olmeca, sin color, lívido y plata de plumaje, como la lechuza y como la luna. Primero de todo, Garravento era invitada, desde el guante de cuero reforzado con doble capa y el silbato, a la carnicería. Después de todo, Garravento quedaba teñida de un desagradable rojo-entraña, desde las uñas y las llaves hasta la característica cresta negra coronante de su especie. ¡Espléndida especie esta águila, auténtico mito entre los ornitólogos y cetreros: entonces estaba más sucia que el delantal del carnicero de confianza del mercado de Barceló, en Tribunal, al final de la jornada laboral!